

SEMANARIO  
**PINTORESCO**

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID.

---

**1852.**

---

**MADRID:**

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION,  
A CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCLII



# INDICE.

## TABLA DE ARTICULOS.



### ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

El castillo de Montealegre, por D. Vicente García Escobar, pág. 20.—Las torres de Oeste, por D. Antonio Neira de Mosquera, 26.—El puente de Miranda de Ebro, por D. Remigio Salomón, 48.—Plaza Nueva de Bilbao, por D. Lorenzo Francisco de Moniz, 52.—La catedral de Burgos, 58.—La fortaleza de Medina de Rioseco, por D. V. García de Escobar, 59.—Islas de Fernando Pó y Annobon, por E. F. de Navarrete, 85. 89, 100, 106.—La Coruña, 97.—Las tumbas de Matallana, por D. V. García Escobar, 101.—La montaña de Santa Catalina en Gijón, por D. Antolin Esperon, 115.—El puente de Cesures, por D. Antonio Neira de Mosquera, 141.—El convento de Santo Tomás de Aquino, por D. Julian Sainz Milanés, 148.—La catedral de Sigüenza, por D. Francisco García Somolinos, 161.—La antigua Forum, capital de los campos góticos, por D. V. García Escobar, 205.—Una visita al Escorial, por D. Enrique Gil, 209.—La Cámara Santa de Oviedo, por D. Nicolás Castor de Caunedo, 218.—Las ruinas de las Besas y el pueblo de Cerviá, 305.—Caldas de Reyes, Caldas de Cuntis, por D. Antonio Neira de Mosquera, 321.—O vota fumeiro de la catedral de Santiago, por D. Antonio Neira de Mosquera, 338.—El ex-monasterio de Malallana, por D. V. García Escobar, 347.—Vista de la Junquera, 361.—Grande hospital de Santiago, 361.—Capilla antigua de Santa Fé, por D. Nicolás Magan, 365.—El estudio viejo de Santiago, por D. Antonio Neira de Mosquera, 379.—El lago de San Martín de Castañeda, por el Hijodalgo, 381.—El castillo de Villalba de Acor, por D. V. García Escobar, 388.—El Pico-Sagro, por D. A. Neira de Mosquera, 394.

### ANTIGÜEDADES.

Carta geográfica de Europa figurando un emperador, pág. 177.—Sobre las espadas de Diak en la isla de Borneo, 208.—De la forma que tenían los libros y las cartas en la antigüedad, por L. L., 213.—Diversiones antiguas, por D. J. F. Llamazares, 246.—Filosofía del traje, 405.—Siglo XVI, 407.

### BIOGRAFIAS.

D. Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, por D. Remigio Salomón, pág. 11.—Bartolomé Leonardo de Argensola, 25.—Doña Ana Urrutia de Urmeneta, 29.—El maestro Manuel Ramirez de Carrion, por D. Luis María Ramirez y las Casas Deza, 56.—Abd-el-Kader-Ben-Salah, 75.—La Baltasara, apuntes históricos, por D. Luis Eguilaz, 112.—El marqués de Casa-Pizarro, por A., 150.—Juan de la Encina, por D. Juan Ortiz Gallardo, 169.—Luis Hurtado de Toledo, 186.—Vandrosques-Diel-D'Enambuc, fundador de las colonias francesas en las Antillas, 201.—D. Juan Francisco de Castro, por D. Antonio Neira de Mosquera, 201.—Cuvier, 207.—Pablo Delasalle, 235.—Bodin, 256.—García del Castañar, por D. Joaquín Dalmaw, 215.—Manco Inca, último rey del Perú, por D. Julian Sainz Milanés, 323, 330.—El almirante D. Fadrique, por D. Remigio Salomón, 340.—D. Luis Bartolomé de Salazar y Castro, 369.—Doña Mencía de Zúñiga, por D. Remigio Salomón, 386.—Thorwaldsen, 414.

### ESTUDIOS HISTORICOS.

Historia anecdótica: la minoría de Carlos II, por D. R. de M. Romanos, págs. 2, 9, 18.—La primera misa en América, 2.—Episodio de la batalla de Waterloo, 47.—Origen de los dos célebres y antiguos bandos vasconga-

dos, conocidos con los nombres de Oñacinos y Gamboynos, por D. Remigio Salomón, 39.—Reyes que han muerto en la caza, 128.—Fiestas de toros en el siglo XVII, por D. Adolfo de Castro, 156.—Cronicón Albeldense, por D. Nicolás Castor de Caunedo, 159, 143, 147.—Orán: terremoto en 1790, por D. L. M. Ramirez y las Casas Deza, 177.—Fuga de madama de Larrochejaqueleín, 265.—Principales sucesos del reinado de D. Enrique III, por D. Remigio Salomón, 325.—Espedición española contra Argel, por D. Luis María Ramirez y las Casas Deza, 353.—Conspiración de Rye-House en Inglaterra, en el reinado de Carlos II, 402.

### VIAJES.

Una ascension a las Pirámides, pág. 15.—La fortaleza de Ham, 49.—El Chimborazo, 75.—Vista de Roma desde Palestina, por D. José Gutierrez de la Vega, 137.—Viaje á Sahara, 154.—Familia china, 209.—Antiguo castillo y convento del Cármen en la Flecha, 225.—El monte San Miguel, 275.—Vista de Chaut de Tours, 289.—Puerta de Arroux, 316.—Castillo de Blois, 325.—Columna monumental de Bologne, 324.—El Chatelet grande y el pequeño de Paris, 329.—Castillo Gaillard de Andeley, 335.—La Bastilla, 337.—Pandanus de la isla del Principe, 343.—Museo de artillería de Paris, 349.—Arco de triunfo y puente de Saintes, 349.—Paisaje de Guadalupe, 353.—Castillo de Dieppe, 356.—Castillo de Falaise, 359.—Puente y arcos de Saint-Chames, 364.—Castillo de Tournel, 365.—La torre de Dunquerque, 385.—Indio ticunas, 401.—Atenas, 409.

### CIENCIAS Y ARTES.

Los relojes, por D. J. F. LL., pág. 51.—Telégrafos de los antiguos, 127.—Bombas para extraer el aire del tubo del camino de hierro atmosférico de Saint Germain, 183.—Invenccion del vapor, 258.—Bombardas de mano, 297.—Fenómenos atmosféricos, 392.—Globos aerostáticos, por D. Angel V. y Pinto, 395.—De los jardines de flores de recreo, 415.

### EDUCACION.

Libros para la infancia, 86.—De la educacion, por D. Ramon de Satorres, 226, 234.—Sobre la importancia del estudio, por D. José Morales Sanz, 310.

### LITERATURA.

Teatros: artículo inédito de Figaro. Un procurador ó la intriga honrada, pág. 3.—Chistes de Quevedo, extractados de sus obras poéticas por D. R. de M. Romanos, 34, 42.—Teatro de Montalvan, por D. R. de M. Romanos, 50.—Teatro de Velez de Guevara, por D. R. de M. Romanos, 66.—Teatro de Guillen de Castro, por D. R. de M. Romanos, 74.—Archivo real y general de la corona de Aragón, 81.—Teatro de Mirademesca, por Don R. de M. Romanos, 82.—Teatro de Cubillo, por D. R. de M. Romanos, 99.—Teatro de Matos Fragos, por D. R. de M. Romanos, 114.—Teatro de Leiva, por D. R. de M. Romanos, 150.—Teatro de Belmonte, por D. R. de M. Romanos, 163.—Teatro de Mendoza, por D. R. de M. Romanos, 170.—Carthon, poema de Osian, por D. J. R. Figueroa, 212.—Biblioteca colombina de Sevilla, por D. Juan Miguel de los Rios, 257.—Cruzada contra el teatro en el siglo XVII, por D. Vicente Barrantes, 355.—Estado actual de la literatura rusa, 398.

### AMENA LITERATURA.

El descanso del pescador, pág. 8.—Un rayo de sol, 15.—El buhonero, 25.—La jó-

ven morisca, cuadro de Murillo, 41.—Los aludes, 63.—La roca de Urley, 89.—La vuelta de la escuela, 105.—Regadores de la India, 110.—El diario del abuelo, 129.—La música en el campo, 145.—Cálculos, 176.—Días en que celebran sus fiestas los musulmanes, 176.—El salvaje del Brasil, 181.—La vuelta del soldado suizo, 195.—Anécdotas, 240.—248.—El perro, 249.—Origen del arte de hacer caleta, 272.—El caballo, 301.—Un volcan en la luna, 305.—Los dos perros, 309.—Fiesta del domingo, 330.—Refranes rusos, por F. C., 352.—Refranes de los negros de Santo Domingo, 332.—Causas y efectos, por D. A. Magariños y Cervantes, 364.—Costumbres árabes, 366.—Máximas, 368.—Historia de un clavel, por D. Eduardo Gasset, 375.—Baile de los indios yaguas, 377.—La caza del cocodrilo, 390.—Apariciones y presagios, por D. A. Suarez del Pino, 392.—El polifago sajón, 392.—Los pianos proscriptos, 400.

### NOVELAS.

La proteccion de un sastre, novela, por Don M. de los Santos Alvarez, págs. 46, 55, 61, 68, 76, 88, 91, 102, 108, 118, 125.—Flor de Amores, por D. Aureliano Fernandez Guerra, 121.—La casa del Ahorcado, por D. Francisco Aguilar y Lora, 153, 145.—La alameda del Perejil, novela por D. Francisco Flores Arenas, 152, 142, 158, 167, 175, 182, 198.—Sin nombre, recuerdos de viaje, por D. José Heriberto García de Quevedo, 220, 228.—Dos secretos, novela por D. Juan de Ariza, 237, 242, 255, 262, 271, 275, 286.—Plessis-les-Tours, 245, 250, 267, 293, 299.—El castillo de Montrieux, 259, 281, 297, 315.—El hombre teliz á pesar suyo, 285, 289.—Una cita en el Albaicin, por D. Francisco Vila, 334, 340, 355.

### CUENTOS.

Idilios, por D. Rafael María Baralt, pág. 4.—Juan Soldado, cuento popular andaluz, por Fernan Caballero, 55.—La oreja de Lucifer, cuento popular andaluz, por Fernan Caballero, 165.—La yerba de virtudes, cuento, 175, 179.—La hija de los bosques, cuento por La Nereida, 196.—Cuentos normandos, por Juan Falaise, 251.—Los zapatos de la infanta, cuento, 268, 274, 291, 311, 317.—La buena y la mala fortuna, por Fernan Caballero, 282.—El caballero de Lis, 596.—Las aventuras de Si-Babauri, 409.—El rostro sangriento, 415.

### COSTUMBRES.

El abejorro, por D. Juan de Ariza, págs. 22, 27.—El arriero, 55.—Otras memorias de Ultratumba, por D. J. Rúa Figueroa, 57.—Un retrato parecido, 78.—Industria de la capital, por *El Curioso Parlante*, 95.—Gustos que requieren palos, por *El Curioso Parlante*, 130.—Pobres vergonzantes, por *El Curioso Parlante*, 155.—El campo del Moro, por D. Juan de Ariza, 188.—Apéndice á la historia del matrimonio, por D. Antonio Flores, 194.—Un recuerdo á los difuntos, por D. José de Iza, 356.—Creo en la virtud, por D. Juan de la Rosa, 365.—Los paseos de Ja corte, por Don F. Perez de Molina, 375, 377.—Los treinta años, por D. V. Barrantes, 386.—Análisis de un refran, 405.

### POESIAS.

En un album, poesia por D. Manuel Canete, pág. 6.—El tigre y la zorra, leyenda tradicional, por D. Celerino Suarez Bravo, 7, 13, 25, 32, 47.—Madrigal, por D. Mariano Roca de Togores, 14.—Soneto, por D. L. Perez de Acebedo, 31.—Las estrellas, por Don F. Camprodon, 40.—Pesadilla, por D. Cefe-



rino Suarez Bravo, 58.—La cruz de piedra, leyenda de la edad media, por D. R. García y Santisteban, 62, 72, 78.—Soneto, por D. Antonio Cánovas del Castillo, 64.—El pavo real, los patos y el somorgujo, fábula, por D. R. R. de la B., 70.—La luz de mi amor, por Don Francisco J. Orellana, 80.—El ángel de la melancolía, por D. Antonio Arnao, 95.—Madrugal, por D. V. Barrantes, 96.—Versos de Felipe IV, por D. Adolfo de Castro, 107.—En el album de una malagueña, por D. Antonio Cánovas del Castillo, 112.—La flor del aire y el viajero, por D. A. Magariños Cervantes, 119.—Uno de tantos, poesía, 126.—Romance morisco, por D. José González de Tejada, 127.—Quintillas, por D. Miguel de los Santos Alvarez, 152.—A Elisa, por Don Antonio Cánovas del Castillo, 160.—A unas flores, por D. M. de los Santos Alvarez, 168.—El último pensamiento de Napoleon, por Don

V. Barrantes, 172.—Noticias del Parnaso, por D. José González de Tejada, 172.—Los gatos con peste, por D. Pascual Fernandez Baeza, 181.—Epístola, por D. Gerónimo Moran, 184.—La misma conciencia acusa, por D. V. Barrantes, 188.—Balada, mucho y poco, por D. Vicente Barrantes, 199.—A los treinta años, soneto, por D. Miguel de los Santos Alvarez, 200.—En un album, á Concha, por el baron de Illescas, 208.—Manzanares de verano, por D. José González de Tejada, 216.—La flor de Resedá, por D. Francisco J. Orellana, 222, 230, 236, 279, 287, 295, 302, 318.—Egloga virgiliana, por D. J. G. de Tejada, 248.—Romance, por D. F. Zea, 248.—A mi amigo el marqués de Tabuérniga, por D. Antonio Cánovas del Castillo, 265.—A mi buen amigo el marqués de Tabuérniga, por D. Vicente Barrantes, 264.—Oda, por D. Francisco Sanchez del Arco, 327.—Invitación á

D. G. de C., por D. Antonio Cánovas del Castillo, 353.—Lágrimas, por D. Eduardo Gasset, 356.—Recuerdos de la Granja, por D. José González de Tejada, 344.—El balcon y la alacena, fábula, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, 352.—Un raout en el olimpo, por Don José González de Tejada, 360.—El infortunio, por D. Antonio Arnao, 367.—La distancia, fábula, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, 376.—Sueño, por D. José M. de Larrea, 384.—Las eruditas, por el baron de Illescas, 392.—En un album, por D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, 399.—Epístola que una que no es erudita ni aspira á serlo, dirige al director del SEMANARIO, 399.—Respuesta á una epístola dirigida al director del SEMANARIO, por el baron de Illescas, 408.—Pascuas á las musas, por D. José González de Tejada, 416.

## TABLA DE GRABADOS.

### VISTAS.

Iglesia de Arriaran y panteon de los condes de Villafranca, por los señores T. y Redondo, pág. 6.—San Ignacio de Loyola, por los señores Tomé y Burgos, 9.—Castillo de Montalegre por V. G. E., 21.—Las torres de Oeste, por los señores Martínez y Llopis, 27.—Vista interior de la catedral de Toledo, por los señores Redondo y Amoedo, 36.—Fuente del campo del Moro, por los señores Tomé y Castilla, 40.—Puente de Miranda de Ebro, por los señores Urrabieta y Severini, 48.—La fortaleza de Ham, por el señor Sierra, 49.—Portada de la iglesia de Miranda de Ebro, por los señores Urrabieta y Vierge, 55.—Interior de la catedral de Burgos, por el señor Murcia, 57.—Fortaleza de Medina de Rioseco, por el señor Pizarro, 60.—Gran torre de la Pagoda de Jagrenatha, por el señor A. P., 81.—Templo de Minerva, 84.—Catedral de Sigüenza, 95.—Vista de la Coruña, por el señor Sierra, 97.—Proyecto de monumento para depositar los restos de D. Agustín Argüelles, por el señor Robles, 115.—Las ranas de Santilly, 128.—Vista de Roma desde Palestrina, por el señor Murcia, 137.—Puente de Cesur., por los señores Pizarro y Sierra, 141.—Fachada principal de Santo Tomás, por el señor Sierra, 148.—Capilla de S. Honorato en Bretaña, 153.—La catedral de Sigüenza, por los señores Pizarro y Murcia, 161.—Vista de la ciudad de Sigüenza por la parte septentrional, 165.—La antigua Forum, por el señor Sierra, 205.—Portada de la Cámara Santa, 218.—Interior de la Cámara Santa, por el señor Murcia, 219.—Antiguo castillo y convento del Carmen en la Flecha, 225.—Vista de Soria desde el castillo, 240.—San Huberto en los Pirineos, 281.—Vista de la Chaux de Fonds, por el señor Lanuza, 289.—Castillo de Angers, 315.—Puerta de Arroux, 317.—Templo de Augusto y de Livia, 320.—Castillo de Blois, departamento de Loir et Cher, 325.—Columna de Boulogne, 325.—Pequeño Chatelet, 329.—Chatelet grande, 332.—Castillo Gaillard de Andelys, 355.—Monumento del obelisco de Enrique de Longueville, 341.—Monasterio de Natallana, por el señor G. E., 348.—Arco de triunfo y puente de Saintes, 349.—Castillo de Dieppe, 356.—Castillo de Falaise, 359.—Vista de la Junquera, por el señor Murcia, 361.—Puente y arcos de Saint-Chames, 364.—Castillo de Tournol, 365.—Puerta militar en Vezelay, 367.—Palacio del presidente de la república mejicana, por los señores Pizarro y Sierra, 369.—Torre de Dunquerque, por el señor Murcia, 385.—Torre inclinada de Zaragoza, por el señor Murcia, 388.—Castillo de Villalba de Alcor, por el señor G. S., 389.—El Pico-Sagro, por los señores Pizarro y Cruz, 396.—Atenas, 409.

### ANTIGÜEDADES.

Estatua de la Virgen de Nuestra Señora de Montserrat, pág. 48.—Bajo relieve, 84.—Esfinje, 85.—Arquitectura gótica, 85.—Arquitectura egipcia, 85.—Las tumbas de Matalana, por el señor Murcia, 101.—Viajeros del siglo XV contando las aventuras de Homero, 124.—Sepulcro de D. Juan II de Castilla, 149.—Carta geográfica figurando un emperador, por el señor Murcia, 177.—Estatua romana de Caldas, por los señores L. M., 321.—Sepulcro de Foy, 356.—Incensario antiguo de la catedral de Santiago, 359.—Vota fumeiro de la catedral de Santiago, 340.—Museo de artillería de París, 349.—Facsimiles de D. Fernando y Doña Isabel la Católica, 362.—Facsimil de D. Diego de Muros, 379.

### PAISAJES.

El Monte Sinai, por el señor V. A., pág. 64.—El Chimborazo, por el señor Sierra, 75.—Paisaje, por M. S., 85.—La roca del Urley, por el señor Murcia, 89.—La pradera, 96.—Vista de la cueva donde se retiró y murió la Baltasara, y de la ermita de la Fuen Santa, por los señores P. y Murcia, 117.—Sahara, por el señor Cruz, 153.—Vandrosques-diel-d'Enambua, por Mr. L., 201.—El monte San Miguel, 275.—Un volcan en la luna, por el señor Murcia, 305.—Pandanus de la isla del Principe, por el señor Cruz, 345.—Paisaje en Guadalupe, por el señor Murcia, 355.—Lago de San Martin de Castañeda, por el señor Murcia, 385.

### ESCENAS DIVERSAS.

La primera misa en América, por el señor Sierra, pág. 1.—El descanso del pescador, por Porto y Fernandez, 8.—Una ascension á las Pirámides, 12.—Ataque del castillo de Hougoumont, por el señor Murcia, 17.—El pavo real, los patos y el somorgujo, por el señor Vilaplana, 20.—Tentativa de asesinato, 76.—Los gatos con peste, por el señor Robles, 181.—Familia china, 209, 212 y 215.—Fuga de Mad. de Larrochejaquelein, 263.—Toma de la Bastilla, 357.—Baile de los indios yaguas, por el señor Murcia, 377.—La muerte del ciervo, 395.—Ejecucion de Sidney, 405.

### RETRATOS.

Argensola, por V. y P. A., pág. 25.—Doña Ana Urrutia de Urmeneta, por Urrabieta y Severini, 29.—S. Miguel, cuadro de Rafael, 84.—El Ticiano, por Mr. Dupré, 84.—Don Antonio de Solís, por el señor M. L. B., 101.—Boabdil, por los señores Pizarro y Murcia, 421.—El general Pizarro, por los señores Pi-

zarro y Murcia, 151.—Cuvier, 207.—Penélope, muger de Ulises, 228.—Pablo Delasalle, 235.—Bodin, 237.—Safo, 257.—Catalina, 284.—El doctor Faustino Beaumont, 283.—D. Diego de Muros, 380.—Thor Waldsen, 415.

### TIPOS Y ESCENAS POPULARES.

Tipos de Inglaterra: el vendedor de verduras, pág. 24.—El buhonero, por Murcia, 25.—El arriero, por Murcia, 35.—Un retrato parecido, 78.—La vuelta á la escuela, por el señor Sierra, 103.—El diario del abuelo, por el señor Murcia, 129.—La muerte de una hermana de la caridad, cuadro de Mr. Pils, 169.—La vuelta del soldado suizo, por el señor Cruz, 195.—Escena en los bancos del Prado, 196.

### ESCENAS DE NOVELAS.

Un rayo de sol, por Murcia, pág. 14.—Lámina de las Novelas Ginebrinas, 88.—La misma conciencia acusa, por los señores Rubio y Vilaplana, 188.—Grabado del cuento de la Nereida, por los señores Pizarro y T., 192.—Escenas de una novela, 260, 261 y 262.—Luis XIV y su siglo, 217.—Plessis-les-Tours, tres grabados, 244 y 245.—Ocho grabados del cuento Los zapatos de la infanta, 268, 269, 270, 275, 292, 312.—Dos grabados de Los tres mosqueteros, 372 y 375.—Dos grabados del caballero de Lys, 397.—Un grabado de El rastro sangriento, 415.

### GRABADOS VARIOS.

Jóven morisca, cuadro de Murillo, por el señor Sierra, pág. 41.—La caridad, por el señor Vilaplana, 45.—Nuestra Señora, 56.—Los aludes, por el señor Sierra, 65.—Ganado, 84.—Marina, 85.—Regadores de la India, por el señor Cruz, 110.—La música en el campo, por el señor Murcia, 145.—Tipo de Sahara, 156.—Esclavo en Sahara, 157.—La poesía, 172.—El pavo real, 179.—El salvaje del Brasil, 182.—Bombas para extraer el aire del tubo del camino de hierro atmosférico, por el señor Sierra, 183.—Fiesta en su amor, 200.—Un ramillete de flores, 241.—Nuestra Señora de la Concepcion, 257.—El perro, por el señor Vilaplana, 249.—El aprisco, 252.—La dulce holganza, 256.—Bombardas de mano, dos grabados por el señor Cruz, 299.—El caballo, 301.—El perro del amo, por el señor Murcia, 308.—El perro del criado, por el señor Murcia, 309.—Láminas sueltas, 83, 120, 141, 252, 264, 296.—Jeroglíficos, 52, 72, 104, 156, 176, 208, 280, 312, 352, 384.—Indio Ticunas, por el señor Cruz, 401.—Dos grabados de la filosofía del traje, 404.



Reg 652

# SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL,

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



(La primera misa en América.)

4 DE ENERO DE 1832

Ayuntamiento de Madrid



## LA PRIMERA MISA EN AMÉRICA (1).

La intervención de una ceremonia religiosa en el acto por medio del cual se apropia un pueblo un territorio, no es de escasa importancia en la historia, porque consigna la civilización de ese pueblo. No existe lazo más fuerte que el religioso para unir á los hombres en sociedad, y no hay nación que forme un todo durable y poderoso sin la comunidad y participación de sus creencias. Cuanto más claras sean estas y más conformes al destino de la humanidad y al desarrollo de los instintos civilizadores, tanta más coherencia, tanto más vigor se observará en los elementos nacionales. Si los pueblos cristianos han conseguido constituirse con más energía que los demás, si aspiran á dominar al mundo, consiste principalmente en que su principio religioso es superior á todos.

Considerando el hecho bajo un punto de vista histórico, no puede negarse que la aptitud para formular reglas morales y aspiraciones humanas, en un sistema completo que los símbolos traducen á la vista, no indica el carácter de una raza particularmente propia para asociarse y reglamentar sus instintos: esto es, para formar una nación. Sin una fé aceptada y visible por medio del culto, los hombres siempre permanecen extraños unos á otros en sus más íntimas necesidades: los cuerpos y los espíritus están unidos; pero las almas separadas, y sin ellas no existe alianza duradera.

Puede demostrarse todo lo que aquí decimos en las tribus salvajes de América y en las razas negras africanas. La ausencia de una religión precisa, la intervención del capricho individual en todos los actos de la creencia, han impedido en todas partes la formación de los vínculos sociales. Hay asociaciones imperfectas de intereses, de pasiones, de tradiciones históricas; pero no hay naciones verdaderas.

Figurémonos la actitud de los indios al oír la primera misa que se dijo en sus regiones. Cualquiera otro pueblo civilizado que tuviese una creencia, hubiera comprendido desde luego toda la gravedad é importancia de aquel acto: los indios ni aun llegaron á manifestarse curiosos, porque para ellos, aquella ceremonia nada significaba, y esperaban su conclusión sin procurar comprender.

Más tarde, cuando los misioneros se establezcan definitivamente en América, se esforzarán en iluminar la ignorancia de aquellas razas, y les enseñarán las verdades fundamentales del cristianismo; los indios rendirán en su memoria todo cuanto se les explique, y se someterán, en apariencia, á las reglas cristianas; pero también á la primera ocasión volverán á su estado salvaje los recién convertidos. Fácil será conocer que alguna cosa les falta para entrar de lleno en la esfera de las ideas que ha creado el mundo moderno y que le conducen hácia el porvenir.

## HISTORIA ANECDÓTICA.

### LA MINORIA DE CARLOS II.

LA REINA DOÑA MARIANA.—EL PADRE NITARD.—DOÑA JUANA DE AUSTRIA.—VALENZUELA.—CARLOS II.

Después de un prolongado y azaroso reinado de cuarenta y cuatro años en que había continuado rápidamente y con muy cortos intervalos la desmembración del gigantesco imperio de Carlos V y Felipe II, dejó de existir Felipe IV el día 17 de setiembre de 1665. Aunque en sus dos matrimonios, celebrados el primero con Doña Isabel de Borbon, y el segundo con Doña Mariana de Austria, había tenido varios hijos varones y hembras, solo le sobrevivieron, de los primeros, el desdichado Carlos II, último vástago masculino de su régia dinastía, y este en la tierna edad de cuatro años escasos, como nacido que era en 6 de noviembre de 1661.

Tres días antes de morir había otorgado Felipe su testamento, en el cual nombraba á la reina Doña Mariana tutora del hijo y heredero, y gobernadora del reino durante la menor edad de aquel, en términos tan espresivos como estos: «para que con solo este nombramiento, sin otro acto, ni diligencia, ni juramento, ni discernimiento de la dicha tutela, pueda desde el día en que yo fallezca entrar á gobernar en la misma forma y con la misma autoridad que yo lo hago; porque mi voluntad es comunicarla y darla la que yo tengo y toda la que fuere necesaria, sin reservar cosa alguna, para que como tal tutora del hijo ó hija suyo y mio que me sucediese, tenga todo el gobierno y regimiento de todos mis reinos en paz y en guerra, hasta que el hijo ó hija que me sucediere tenga catorce años cumplidos para poder gobernar.» Sin embargo, y á fin de auxiliar á la reina viuda con sus consejos y servicios, instituyó Felipe una junta consultiva compuesta del cardenal arzobispo de Toledo é inquisidor general; del conde de Castriño, presidente del consejo de Cas-

tilla; D. Cristóbal Crespo, canceller ó presidente del de Aragón; del marqués de Aylona, grande de España, y del conde de Peñaranda, consejero de Estado.

Doña Mariana sintió sinceramente la muerte de su augusto esposo, y pareció dispuesta á seguir sus instrucciones y los consejos de la junta consultiva que aquel le había legado; pero muy pronto dió á conocer que otro influjo superior tenía dominada su conciencia y había de subyugar también su autoridad soberana.—Esta perniciosa influencia, y esta dominación extraña, era la que ejercía sobre el ánimo de la reina su confesor, el jesuita alemán padre Juan Everardo Nitard. Este astuto personaje (á quien no se le puede negar cierto don de talento político cortesano), había acompañado á Mariana en calidad de su director espiritual cuando vino á casarse con Felipe en 1646; y aunque de humilde origen y mediana capacidad, supo captarse cierta nombradía en el colegio de jesuitas de Viena, en la sociedad cortesana de aquella capital, en el ánimo del emperador, que se complació en recomendarle á su hermana la futura reina de España, y por último en la voluntad de esta señora, que durante los veinte y un años de su matrimonio con Felipe no apartó de su confesonario al religioso alemán. El rey igualmente respetaba y quería al director espiritual de su augusta esposa; pero á pesar de las vivas instancias de esta para que le confiriese otras dignidades eclesiásticas, no vino en ello Felipe, dejándole tranquilamente en su delicado ministerio sin avanzarle nada en su carrera.

Así probablemente hubieran continuado las cosas sin la muerte de Felipe y la gobernación consiguiente de Mariana; pero ocurrida aquella y encargada esta del poder supremo, el primer uso que hizo de su autoridad fué en favor del padre Nitard; porque muerto el cardenal Sandoval al siguiente día que Felipe IV, y nombrado en su lugar arzobispo de Toledo el cardenal D. Pascual de Aragón, inquisidor general, la reina le empeñó á renunciar esta última plaza, verificado lo cual la confirió inmediatamente á su confesor, sin contar para ello con la junta consultiva.—Esta determinación atrevida, esta disposición de un empleo tan importante como el de inquisidor general, sin consulta alguna, á los pocos días de tomar las riendas del gobierno, y hecha en favor de un extranjero nacido, según se aseguraba, y educado en sus primeros años en la secta luterana, y que no contaba la menor simpatía en los consejos de la corona ni en el público, fué motivo de las primeras murmuraciones y descontentos, que supo sin embargo conjurar Mariana con su destreza y manejo de los principales cortesanos; pero que no dejaron de sembrar los gérmenes de futuras discordias, envidias y tribulaciones. Y crecían estas cada día tanto más cuanto aumentaba por momentos el ascendiente del padre confesor é inquisidor general, no solamente en la dirección de la conciencia régia con actos meramente religiosos, sino también en los relativos á la gobernación temporal del reino, en términos que era ya designado públicamente con el título de favorito ó valido, y superior en poder á todos los ministros y dignidades del Estado.

A la cabeza de los descontentos y personificando las enemistades de la corte y del pueblo hácia el inquisidor Everardo, apareció muy luego un elevadísimo personaje, que se propuso oponer su alta posición y relevantes prendas á la desmedida elevación en que había sabido colocarse el astuto confesor.—Este poderoso y distinguido magnate era nada menos que D. Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV, habido en la célebre comediante María Calderón. Criado secretamente en la villa de Ocaña, había solo é obtenido de la ternura paternal el reconocimiento público y solemne de su augusto origen, entre los hijos naturales que tuvo Felipe en su larga vida y aventuras; y ya sea por la razón del mayor cariño que profesó á su madre, que al decir de sus contemporáneos ofrecía en efecto las más raras cualidades de belleza y discreción, y que hizo olvidar los extravíos que pudo tener, profesando á poco tiempo de religiosa carnalita en un convento de la Alcarria, ya por las distinguidas prendas de talento y de valor que desde muy niño anunciaba D. Juan, ello es que parecía enorgullecerse de ser su padre y en colmarle de las gracias y honores propios de una persona real.—El pueblo también, y los cortesanos, que en un principio murmuraron y zahirieron apasionadamente aquel origen bastardo de D. Juan, y que llegaron hasta á alimentar las sospechas de su sangre real, atribuyéndole al duque de Medina de las Torres, quien parece había galanteado también á la Calderón, y con el que pretendían hallarle mayor semejanza, acabó por disipar sus sospechas y presunciones contrarias, en vista de las prendas y cualidades verdaderamente régias del joven D. Juan, y por simpatizar con él y amarle tan entrañablemente como á un príncipe legítimo.—Era pues aquel apuesto personaje un príncipe valiente, discreto y galán; un hombre honrado y caballeresco, y que había figurado dignamente desde sus primeros años en los más altos cargos y dignidades del Estado como gobernador del País-Bajo y de Borgoña, como virrey y general victorioso en el reino de Nápoles y Portugal, como gran prior de Castilla en la orden de Malta, y últi-

(1) Véanse los números 2 y 3 del SEMANARIO de 1830.



mamente, como presidente del consejo de Estado, é íntimo confidente del rey su padre.

Al poco tiempo de la muerte de este, observando el ascendiente rápido y asombroso que el padre confesor (ya consejero de Estado) tomaba en el espíritu de la reina, y no logrando por de pronto oponerle su escaso predominio, hubo de apartarse voluntariamente de la escena política, retirándose á su castillo de Consuegra, residencia ordinaria de los grandes priores de San Juan; pero complicándose después las pretensiones del rey de Francia sobre los estados del País-Bajo, hasta el punto de apoderarse á mano armada de algunas de sus plazas, y promover una guerra desastrosa para defenderlos, hubo de llamarse á D. Juan para castigar aquel atentado, y confiarle el mando del ejército que ya en otras ocasiones había sabido conducir á la victoria.—En esto obraba también la reina políticamente para tener mas alejado de la corte al príncipe, en cuyas francas demostraciones había podido observar su desden y aversión hacia el jesuita favorito, demostraciones y palabras unas veces graves, otras festivas, que habían llegado al extremo de decir en pleno consejo y delante del interesado, *que su parecer era que se enviase á Flandes al padre Nitard, á quien como á tan santo varón, nada podría negar el cielo; y la prueba de su virtud milagrosa (añadió sonriendo) es sin duda alguna el puesto en que hoy le vemos.*—«Yo creo firmemente (replicó contrito el confesor), que nada es negado por la misericordia divina á los que sinceramente confían en ella; pero también conozco que mi deber y mi profesión me llaman á otros servicios que á los propios de un general de ejército.—No sería esta (repuso don Juan) la primera cosa extraña á vuestra profesión y vuestro carácter en que os vemos brillar todos los días, padre mío.

Resolvióse en fin que D. Juan se pusiese al frente del ejército dispuesto para pasar á Flandes: aprestáronse para ello los bajeles necesarios en Cádiz y la Coruña; y D. Juan, desde el último de estos puertos, iba enviando los cuerpos poco á poco, no pareciéndole prudente empeñar desde luego un combate con la armada francesa, muy superior en número, que cruzaba en aquellas aguas. Entre tanto los ingleses y holandeses, hechas entre sí las paces, se unían ya á la Francia contra la España, y arrastrados por el ascendiente de Luis XIV, el elector de Tréveris y el Palatino, el duque de Baviera y el de Brunswick formaban una liga en defensa propia, y con el objeto de obligar á las potencias beligerantes á arreglar su diferencia de una manera conveniente á todos. Por último, el papa mismo intervino en la contienda, y la paz quedó firmada en Aix-la-Chapelle.

Pero mientras todo esto sucedía, y en tanto que D. Juan, como queda dicho, esperaba en la Coruña el momento oportuno para embarcarse, llegó á sus oídos la noticia del suplicio dado á D. José Malladas, hidalgo aragonés muy partidario suyo, á quien secretamente y por orden de la reina se le prendió y quitó la vida en pocas horas por causas que no pudieron averiguarse, pero que se supusieron forjadas por la malevolencia del confesor. D. Juan, afectado profundamente por el trágico fin de una persona á quien estimaba mucho, y exasperado por el ultraje que en ella creía haber recibido del padre Nitard, determinó negarse á ir á Flandes, suponiendo que no se pretendía mas que alejarle de la corte y tal vez abandonarle sin recursos á la fuerza superior del rey de Francia, y bajo el pretexto de una enfermedad del pecho, escribió á la reina suplicándola le dispensase del mando del ejército.

Tan súbita mudanza, y tan agena del valor reconocido de D. Juan, causó una extraña sorpresa en la corte, y un profundo sentimiento en la reina y el confesor. Estos, sin embargo, bien pudieron penetrar la causa verdadera, y reconocer su imprudencia en el sacrificio de Malladas: pero no pudiendo ya remediarlo, le comunicaron á D. Juan las órdenes para ceder el mando al condestable de Castilla, que conduciría á Flandes á las tropas, en tanto que él (D. Juan) debía retirarse inmediatamente á Consuegra, sin acercarse á Madrid en veinte leguas.

Obedeció el príncipe sin replicar; pero su obediencia lejos de aplacar á la reina, la dió nuevas fuerzas para llevar personalmente al consejo un decreto terrible contra D. Juan, alegando su desacato en negarse á pasar á Flandes en momentos tan críticos, y bajo el mentido pretexto de una enfermedad figurada, con lo cual había faltado á la verdad y al trono.—Todo esto llegó muy pronto á noticias de D. Juan, el cual fué tanto mas sensible á este proceder de la reina, cuanto que creía haberla desarmado con no quejarse públicamente de la muerte de Malladas. Pero todavía ocurrió otro incidente que acabó de enconar los ánimos. Un capitán llamado D. Pedro Pinilla, solicitó y obtuvo una audiencia de la reina, en la cual sin duda pudo revelarla algun dato importante contra D. Bernardo Patiño, hermano del secretario de D. Juan, porque al siguiente día fué preso con gran rigor, al mismo tiempo que el marqués de Salinas, capitán de la guardia española, recibió orden de la reina de partir con fuerza suficiente á Consuegra y arrestar al príncipe; pero advertido este oportunamente por sus numerosos amigos, pudo evitar el encuentro, y partió secretamente, dejando una carta para la reina, fecha 21 de octubre de 1668, en que alzando ya la voz y el tono mas que

hasta aquí, la confesaba abiertamente la causa de su negativa á ir á Flandes; su justo resentimiento por la muerte de Malladas, que no dudaba ser obra del padre Nitard; que tal atentado reclamaba una terrible venganza, y que antes de contribuir él por su parte á llevarla á cabo, la suplicaba rendidamente que apartase de su lado á un consejero tan pernicioso; concluyendo su carta con una protesta severa contra la necesidad en que se ponía á un sugeto de su rango y sus servicios á huir del país, y buscar asilo en el extranjero contra una odiosa persecución.

(Continuará.)

R. DE M. ROMANOS.

## TEATROS.

(ARTÍCULO INÉDITO DE FIGARO.)

### Un Procurador ó la intriga honrada, comedia nueva.

(Siguen los artículos sin alusiones políticas.)

Dos cosas estamos esperando siempre para escribir en cuanto á redactores del ramo de teatros: la primera que los señores procuradores y próceres (las cosas por su orden), que los señores procuradores y próceres que llenan nuestras columnas, de paso que tratan de llenar las esperanzas de los españoles, nos dejen meter baza y hablar en nuestra propia casa. La segunda, que la nueva dirección nos dé alguna función buena donde podamos una vez siquiera tributarle algun elogio, haciendo la vista gorda sobre esas parvedades de inateria con que entretiene malamente el apetito de los aficionados al arte, si alguno queda. Pero cansados de esperar nos lanzamos á hablar: está visto que los primeros no escupen, y que la función buena corre parejas con el fin de la guerra civil. Por mas que se muden empresas y direcciones, la dificultad sigue en pié: *la Trinidad se pasa y Malboroug no tiene ya.*

Entre tanto pues que la empresa se porte bien, hablemos nosotros mal, y cumplamos con nuestro deber, siquiera por distinguirnos de los mas.

El título prometía *Un procurador*, y al lado de un procurador, en un mismo cartel *La intriga honrada*. Ha dicho Fontenelle: *voilà des mots, qui jurent de se trouver ensemble*, cita que no va en manera alguna con el adjetivo *honrada*, sino con el sustantivo *intriga*. Empezaremos por advertir que no tratamos de ofender á nadie, y si no fuera por detenernos, daríamos principio haciendo nuestra profesión de fé, como es costumbre, á pesar de haberla ya hecho otras quinientas veces; pero costumbre indispensable desde que la profesión de fé viene á ser el principio de todo discurso, mas que en él no se discurre, como el sombrero es el principio de toda persona que lo gasta, empezando á contar por arriba. Y para que con nuestra profesión de fé quedase probado que no queríamos ofender á nadie, diríamos en ella que hemos emigrado (en cuanto á que hemos viajado), y que hemos vuelto; que nuestros antecedentes políticos son los mas inocentes del mundo, pues en cuanto á *Figaro*, el mayor esceso que hemos cometido ha sido hacer la barba mas ó menos blandamente á nuestros parroquianos, y eso sin dolor, de nosotros por supuesto: y no se nos diga que los hemos desollado, que para eso los hemos afeitado de balde; y concluiríamos diciendo, que no habiendo hecho en toda nuestra vida sino murmurar, seríamos siempre consecuentes con nuestros precedentes. ¿Qué mas se nos pudiera pedir?

Pero en atención á que por el proyecto de ley electoral ya aprobado no tenemos ni en cuanto á poetas ni en cuanto á rapistas profesión conocida, en atención á que nuestra fé allá se va con nuestra profesión, visto que no tenemos fé en ninguna profesión, y que hacemos profesión de no tener nunca fé, no queremos hacer hoy nuestra profesión de fé.

¿Nos habrán entendido nuestros lectores? Probablemente, no: convenimos en que hubiera sido difícil; la verdad es que no queríamos decir nada; no sabemos por tanto si por casualidad hemos dicho algo. Pero si no nos han entendido, sepan que eso mismo nos sucede á nosotros todos los días con todo el mundo, y cuidado que oímos gente; y no por eso nos desesperamos. En conclusion, nos parece que no podemos ser mas explicitos.

Y como ya estamos casi al fin de nuestro discurso, vamos á entrar con franqueza en la cuestión. Empezaremos por declarar á la faz de la Europa, que nos mira, solo que no nos ve, y aun de la América, que ni nos ve ni nos mira, pero que nos siente, que no entraremos de lleno en la cuestión del juicio de esta comedia por varias razones: primera, porque no habiéndose seguido echando, nadie sino nosotros en este momento se acuerda de ella: ha caído en desuso: tiene contra sí la experiencia; segunda, porque ya nuestros dignos colegas los demás periodistas han iluminado la materia con sus eruditos juicios, como lo tienen de costumbre.

Nuestra intencion al tomar la pluma no ha sido otra que la de decir que el título prometía, si bien nos chocaba aun en el título, como llevamos dicho, aquello de ver juntos una *intriga* y un *procurador*, que por honrados y grandes que sean una y otros, nunca admitiremos la



posibilidad de que quepa una intriga en un procurador, ni procurador en una intriga. Esto solo se ve, solo se puede sufrir en las comedias: son utopías.

Pero es lo peor que esta, como otras muchas, es cuestion de nombre, porque en el fondo de la comedia de que estamos hablando, aunque sin decir nada de ellos, como es costumbre de periodistas y oradores, ni había mas procurador que uno de la curia, ni la intriga suficiente para la comedia misma.

La cosa desde luego no era española, en lo cual se parecía á las demás cosas que hay en España, sino francesa; porque eso sí: intervencion, parece que no hay diablos que la traigan de allá, pero comedias y contrabando... Pues vean VV. lo que es, y uno será esta comedia; preferimos el contrabando. Luego está acomodada á nuestra escena con el mismo tino con que se aplican las cosas todas que de aquellos benditos países tomamos.

El argumento es cosa sencilla: un procurador que quiere dar un padre y una madre á un muchacho de esperanzas, y para eso casa por fuerza un viejo y una vieja; viva representacion por cierto del ministerio Martinez, casando el Estatuto con la España, dos cosas viejas, para que legitimen la revolucion, muchacho que promete.

La comedia, sin embargo de esa malicia que nosotros le encontramos, y de la cual el autor que la escribió hace cuarenta años no tiene la culpa, ni gustó ni petó. Esperimentó la suerte de un ministerio nuevo; á lo cual añadiremos que tuvo que ceder el puesto á otras comedias, y desaparecer: fin y paradero que pudiera igualmente tener esta otra comedia mas seria, de la cual aunque vemos ya seis personajes, no acertamos á ver siquiera un acto, desde que está levantado el telon, que hará como cuatro dias.

Y volviendo á la empresa y á la comedia del *Procurador*, no queremos concluir este artículo sin hacerle una grave interpelacion, en que está interesado el honor de la opinion pública que representamos, y el del teatro mismo, y á la cual estamos seguros que no satisfará de ninguna manera.

¿Nos podrá decir la nueva empresa qué especie de sistema tenia pensado desde que la solicitaba para cuando llegase al poder? ¿Llevaba por plan hacerlo bien ó hacerlo mal? Y es preciso que nos responda á esto, porque si pensaba en hacerlo mal, confesaremos con toda la ingenuidad que nos caracteriza que *no hay mas allá*, es decir, que no se puede hacer peor. Desde luego pasan dias y no hace nada: ¿se estará por ventura enterando todavía del estado de los teatros? Vive Dios que si es esto, sabemos mas que ella los demás. ¿Nos dirá que la administracion anterior le dejó los teatros en mal estado? *Gua lo sappiammo*. Por eso esperábamos las maravillas que iba á hacer. Par diez que pasar dias, eso ya lo hacemos todos, señora.

¿Dónde están esas comedias que debia tener preparadas? ¿Esos planes y reformas, ese progreso, esa mayor capacidad? No valia la pena seguramente de que la empresa anterior hubiera dejado el puesto, porque de estos pasos de la vida es de quienes se cuenta aquello de *malò vendrà que bueno me hará*.

Reasumiendo, es probado que en punto á empresas, lo mas que se puede decir es: *¡Dios nos la depare buena!* porque está visto que nosotros no nos la sabemos deparar.

ANDRÉS NIPORESAS.

Los idilios que aparecen insertos á continuacion de estos renglones, son tal vez los únicos ensayos verificados con nuestro idioma en un género, creado y cultivado admirablemente por el poeta aleman Salomon Gessner. Semejante circunstancia, cuando no los avalorase el mérito que los distingue en absoluto, bastaria para que otorgásemos á tan delicadas producciones la consideracion y el aprecio que merecen, aprovechando esta ocasion para dar gracias al Sr. Baralt por haber trasplantado á nuestro suelo flores cuyos perfumes aspiran á purificar el alma, haciéndole comprender todo lo que nos puede enseñar de tierno y puro la contemplacion de la naturaleza.

Y con efecto, no hay fenómeno en la existencia del mundo físico, no hay escena en la sencilla vida de los campos que no se preste á una aplicacion moral de trascendencia, que no pueda ser noblemente embellecida por la imaginacion y el sentimiento. Testigo de ello los tres preciosos ensayos que el Sr. Baralt ha hecho, y que los lectores de este periódico verán con la satisfaccion que inspiran siempre las obras verdaderamente bellas.

No entraremos en este sitio á determinar las circunstancias particulares del género á que aludimos, no haremos una enumeracion detallada de la utilidad que es susceptible de producir su cultivo; baste con indicar sencillamente que semejantes producciones son eficacisimas para despertar en el alma de la niñez, no solo ideas de nobleza y rectitud, sino sentimientos tiernos y delicados, y que el Sr. Baralt, como maestro en el manejo del idioma, como escritor de severos principios morales, como

hombre de imaginacion y de ternura, es el mas á propósito quizá de cuantos en España cultivan las letras digna y elevadamente, para dar cima á la empresa de aclimatar en nuestro suelo una planta que encierra en su seno los gérmenes mas fecundos.

Esperamos pues que el Sr. Baralt, á quien se debe la feliz introduccion en España de un género que exige en sus cultivadores dotes y calidades del mas alto precio, no se limite á los presentes ensayos; antes bien nos dé en breve una coleccion de *idilios* que pueda servir de enseñanza á la juventud, contribuyendo á purificar su gusto bajo el punto de vista literario, y á formar su corazon y dirigir al bien sus sentimientos, bajo el aspecto moral y religioso. Semejante obra no solo seria de gran importancia literaria, sino que tendria el mérito de una buena accion á los ojos de todos los hombres honrados.

## IDILIOS.

### I.

#### LA DECLARACION.

Era una hermosa tarde: era aquella hora en que el sol al ocultarse tiñe de mil colores el cielo; hora de religioso encanto en que vaga melancólico el pensamiento y siente el corazon indefinible ternura. Dejábanse ver azules, casi sin perfiles, las lejanas montañas por entre un vapor blanquecino que como velo trasparente las cubria. El soplo errante de la brisa mecia las copas de los árboles y silbaba blandamente entre el ramaje, donde brillaba, y desaparecia, y tornaba á brillar por instantes la luz fosfórica de la luciérnaga. El canto triste de algunas aves se mezclaba al estridor prolongado del grillo: la grey mugiendo, con paso perezoso se acercaba al redil; y los pastores la abandonaban de vez en cuando por detenerse á escuchar las apagadas vibraciones de una lejana armonía. Damis y Emira bajaban en aquel instante al valle entretenidos en dulcísimo coloquio.

—Hoy puedo hablarte, pastora: acaso porque en la estrechura en que á ti me reuní no pudiste evitar mi encuentro con igual facilidad que en la llanura. Huyes de mí, Emira, y yo te busco como busca trébol el ganado, y el extraviado corderillo á su afligida madre. Huyes de mí, Emira, que te amo como aman las abejas el cáliz de las flores, y como aman las flores la luz y la frescura de la mañana. Feliz el que posea tu cariño, zagala amable, porque el contento morará en su pecho. ¡Desgraciado de mí que lloro tu desprecio!

—¿A cuántas zagalas has hecho, Damis, la relacion que á mí me estás haciendo? La habrá oído, sin duda, Ida la hermosa, para quien tienen tanto atractivo tus canciones; y la altanera Nise, á quien ablandan los sonidos de tu flauta; y Meri, la remilgada y lánguida Meri, que ostentaba ayer una guirnalda de rosas cogidas por tu mano en la cañada. Habla á ellas de tu amor, sensible Damis, que yo no cambio mi libertad ni mi alegría por mentirosas palabras.

—Testigo me es el cielo de que no merezco lo que has dicho, zagala. El otro dia disputaban dos pastores el premio del canto en presencia de mucha gente de la aldea reunida debajo de la encina grande. Casualmente pasé yo por allí, y al verme se detuvo el que cantaba, púsose en pié su contrario, y algunos pastores jóvenes me invitaron á disputar el premio. Ida exclamó entonces: «Canta, Damis, que tu voz es grata al oído y conmueve el corazon.» —«Y sino que acompaña con su flauta á los cantores, porque los sonidos de su flauta son mas dulces que los gorjeos del ruiseñor:» esto dijo Nise. Y yo respondí: «Amigos: cómo podrá cantar el que está triste? ¿Cómo podrá tocar el que llora? Mucho tiempo hace que mi voz no se ejercita, y bien habeis podido ver mi flauta colgada en una rama del chopo que da sombra á mi cabaña. No me habeis de canciones, ni de juegos, ni de alegres danzas, mientras la que me ha robado el sosiego no le devuelva á mi afligido pecho.» —«Roguemos á Emira que le ame,» exclamaron como burlándose de mí las dos zagalas que he nombrado. Y yo al oír tu nombre sentí que toda mi sangre se agolpaba al corazon, y que mi rostro ardia como un hierro encendido: á todos descubrí de este modo mi secreto.

—¿Y la guirnalda de Meri?

—Buscaba yo ayer un cabritillo extraviado cuando vi á Meri cogiendo flores en el rosál silvestre que crece en el borde mas escarpado de la cañada. Al divisarla (y no lo hice por huir de ella, sino por no interrumpir mi trabajo) torcí mi camino por una vereda fingiendo no haberla visto; pero no habia andado mucho cuando oí un grito penetrante. Era un grito de Meri herida por las espinas en el acto de coger una rosa...

—¿Y entonces se te olvidó el cabritillo, corriste desalado á ella, y restañaste con solicitud cuidado la sangre que corria por su hermosa mano?... ¿No basaste amorosamente sus dedos?... Y la guirnalda que luego ostentaba con tanto orgullo en la pradera, ¿no fué colocada por ti sobre sus rubios cabellos?

—No olvidé, Emira, ni corrí, ni besé, si bien es cierto lo demás; pero no sé qué vió ella en mí cuando puse las flores en su frente, porque al



despedirse exclamó: «Tu cortesía agradezco, gentil Damis, aunque conozco que te duele no haber hecho este obsequio á otra zagala.» Era por tí por quien hablaba de aquel modo, Emira.

—¿Por mí?

—Por tí, pastora, porque todos saben en la aldea que te amo. Lo sabe el bosque, á cuya espesura he confiado tantas veces mis pesares: la fuente, cuyas ondas puras han refrescado mis ojos, cansados de llorar tu desvío: mi descuidado rebaño: mis flores, que privadas de riego se marchitan: los árboles, en que he grabado tu nombre: el día, en que te veo tan cruel, y mis sueños, en que á las veces te contemplo blanda á mis ruegos. Todos, todos saben mi amor y mis tormentos.

Y si yo te amo, Emira, ¿por qué tu no has de amarme? ¡Cuán felices seríamos si el amor en suave yugo nos uniera! Para tí reservaría mi voz su melodía: para tí repetirían los ecos los dulces sonos de mi campestre flauta: mi mano adornaría tu seno con la primera flor de primavera, y tuyo sería el primer racimo que en la vid madurara el otoño. Cogería para tí los pajarillos en las breñas escarpadas ó en la elevada cima de las hayas: te haría en los bosques compañía, y cuando el sol nos abrasase con sus rayos en la mitad del día, retirado contigo en una fresca sombra te hablaría de mi amor, y leería el tuyo en tus lindos ojos negros y en tu amable sonrisa.

Amame, Emira. Huérfano al nacer, nunca oí la voz de mi madre, ni me dormí en sus brazos, ni conocí su pecho: mi padre no me sentó jamás sobre sus rodillas; ni tuve hermanos que también me amasen, y que jugasen conmigo. Mi primero, mi único amor eres tú, y por eso quizá no hay amor mas profundo que el que siento por tí. ¡Ah! me parece que en el afecto que hácia tí me arrastra, amo á los hermanos que me negó la Providencia; y á la dulce madre que me dió la vida á costa de la suya; y á mi padre, á cuya frente jamás llegaron mis labios...

—Damis, amigo mío, yo también te amo. Cuando tú llorabas mi aparente esquivar, yo creyéndote inconstante rogaba al cielo que llenase con mi sola imagen tu corazón; porque el mío por tí solo, y solo para tí, alienta y vive.

## II.

### LA TEMPESTAD.

¿Oyes, Emira, el bramido de la tempestad que todo lo asuela en derredor? ¿Ves los fuegos que surcan la nube, y oyes el trueno, y á par del trueno el ruido de los estragos que hace el rayo despedido del cielo? En la profunda oscuridad que nos rodea, no puedo verte sino á la luz de los relampagos; ni me deja oír el grito de tu congoja, el grito inmenso de la tempestad. Me parece que solo á nosotros amenaza de muerte, porque estamos solos en medio de las selvas. Pero yo siento que en el terror que te anonada has ceñido mi cuerpo con tus brazos, y que tu corazón sobresaltado palpita junto al mío. Estréchame mas fuertemente aun contra tu seno, Emira, y bendeciré los terrores y los peligros de la tempestad.

En breve aparecerá de nuevo el sol, plácido, sereno como un pensamiento del amor divino. Su carro refulgente le llevará triunfador por los tendidos cielos, y tornará manso y apacible el viento. Y las nubes, y los montes, y los prados se vestirán de luz pura; y volverá el murmurio del arroyo á acompañar el canto de las aves y la voz misteriosa de los bosques. Oiga yo entonces la armonía de tus acentos en el concierto que la naturaleza dedica á la gloria del Señor: bese tu frente radiosa de alegría: lea en tus ojos que confirmas en la bonanza los derechos que me diste en la tormenta; y recordando de dónde me viene tanta dicha, bendeciré los terrores y los peligros de la tempestad.

¡Ay! ¿qué otra cosa es la vida del hombre mas que una deshecha borrasca! ¿Y qué serían sin ella su corazón y su inteligencia? Despues de una tormenta es mas brillante el cielo, mas puro el aire, mas alegre la campiña: despues del obstáculo que retarda la dicha ó de la desgracia que de ella nos aleja, mas honda y viva la siente el corazón. ¡Cuán sublime es el poder de Dios cuando arma su brazo con la tempestad! Así como él, sublime, aparece la virtud en medio de los combates del vicio. ¡Oh! no muera yo con el alma enmohecida á fuerza de gozar dicha perenne. Veo yo azares, lides y privaciones en la vida, y con tu amor, Emira, tus enojos; por que la quietud me entristece, y en el corazón y en la naturaleza me placen, dulce amiga, los terrores y los peligros de la tempestad.

—Cesó la tormenta, amado mío: hemos reconocido á Dios en el rayo; bendigámonle ahora en el iris. Aquí tienes mi frente: imprime en ella el beso de tu amor... Uno, no mas de uno; que mi corazón se ha estremecido al contacto de tus labios... Déjame... Luego cantaré el dulce bien-estar de los pastores y su inocente vida. Despues que cante reclinare mi cabeza en tu pecho, y te abrazaré como lo hacia no há mucho cuando, cerrados los ojos y oprimido el pecho, buscaba en tí, que eres hombre, un apoyo contra la tormenta. En seguida, amado mío, me enojaré para que me desenojes, y si quieres merecer tu perdon, me pedirás á mi madre por esposa cuando duerma sobre sus rodillas. ¡Ah! si ella te da el nombre de hijo, y á ambas nos prometes un amor eterno, bendeciremos como tú, mi dulce amigo, los terrores y los peligros de la tempestad.

## III.

### EL ÁRBOL DEL BUEN PASTOR.

En la márgen de un riachuelo pedregoso cuyo humilde lecho ceñían altas y escarpadas riberas, se levantaba una robusta encina. Lástima daba ver el árbol gigantesco, que en la planicie hubiera elevado hasta las nubes su copada cima, crecer sin gloria en áspero y profundo barranco. ¿De qué servía que sus ramas se extendieran á gran distancia en derredor del tronco? ¿De qué servía que sus flores, desprendidas por el viento, formasen á su pié mullida y grata alfombra? Ningun pastor buscó á su sombra abrigo contra el fuego abrasador del mediodía, ni jamás oyó el terno departir de dos amantes, ni los alegres sonos de las danzas campestres, ni la voz grave y solemne de los ancianos, ora en pastoril concurso el premio adjudicasen del canto, ora en dulce coloquio, ricos de esperiencia, predicasen la virtud anunciando á los malos corta vida y llena de azares, y prometiendo á los justos larga carrera de paz y de ventura. Desde la vereda marcada en el borde de la hondonada deshojaban los rebaños las ramas estremas de su copa, y hacían fuegos con sus despojos los niños de la aldea; y por eso, si algun extranjero le admiraba, no obstante su humilde posición, los hijos de aquella tierra decían: ¿Cómo puede ser grande el árbol cuyas flores y frutos cogen nuestros pequeñuelos en lo mas elevado de su cima?

Ostente en mala tierra un bello corazón sus flores, sus frutos de oro un alto ingenio. ¡En vano, en vano! Como troncos sin sávia, perecerán marchitos; como las avejillas sin nido, morirán sin canto y sin plumaje; ó como tú, bella encina, desconocidos por la ignorancia, vivirán sin lustre entre breñas, sin honor entre abrojos.

—Cortemos este árbol inútil, dijese un día Damis, su dueño. Daráme su producto cuando menos dos cabras y una oveja. Aumentaré con las primeras mi rebaño, y daré la otra, de flores y de cintas adornada, á Emira bella. Y alegre, ufano con tan feliz idea, pensando en su pastora y cantando empezó á bajar la pendiente.

«Caigan, decía, tus ramas y tu tronco á los golpes repetidos de mi hacha, encina antigua, y envidien tu destino los árboles que en bosques y en praderas descuaja el huracán, ó los que viven para resistir sus embates y mueren viejos entre injurias y afrentas. No morirás, no, sin recuerdos, sin gloria. Cuando Emira enlace con sus brazos el albo cuello de mi ovejilla, cuando amorosa acaricie su pulido vellón pensando en mí; entonces bendeciré tu memoria, y junto con mi amor la guardaré por siempre en mi pecho.

»Trinad dulcemente, pajarillos que anidais en su ramaje: soplad vuestro mas dulce aliento en derredor, auras embalsamadas que dais fresco á su sombra, voz á sus hojas; muera vuestro amigo entre caricias como el niño que del regazo maternal baja al sepulcro.»

Así cantó Damis; y acababa apenas, cuando una voz grave y sonora hirió en sus oídos. Acercóse para ver al que cantaba, y reconoció al pastor Cecilio, oráculo de la aldea, honor y gloria de la comarca. Sentado al pié de la encina, reclinada sobre el tronco la venerable cabeza, elevaba al cielo sus ojos ya apagados por la edad, puros como su alma bella, dulces y tiernos como su santo corazón; y así decía:

«Yo he visto el fuego consumir las ciudades y abrasar las campiñas: yo he visto la tierra conmovida estremecerse con fragor y derribar los templos, y palacios soberbios, y las cabañas humildes: yo he visto las guerras extranjeras y las dimensiones intestinas agitar sobre los pueblos sus teas homicidas, y apagarlas en sangre; y cuando los niños inocentes jugaban con las piedras de los techos dorados y de las bóvedas santas; cuando los reyes perecían en los suplicios cual si fueran oscuros malhechores; cuando las naciones se retaban á muerte, vi también, árbol amigo, que el huésped de tu ramaje cantaba alegre y seguro en su guarida, mientras tú crecías grande y hermoso como los hijos de las selvas, modesto como todo lo que es hermoso y grande.

»Yo vi tu tronco en su infancia, pequeño aun y flexible, crecer con trabajo en pobre tierra: yo te vi solitario y sin apoyo alzar al cielo la frente marchita y sin adorno del huerfanillo abandonado. ¡Bendita sea la mano que protegió tu vida! Yo te vi despues fuerte, erguido, feliz, cual si te hubiera conservado una madre, cual si te amara una hermosa; y al paso que los años han ido deshojando una á una las flores de mi vida, las tuyas nacen mas bellas y fragantes en cada primavera. ¡Bendita sea la voluntad que te hizo hermoso, y bendito el poder que te hizo fuerte, árbol amigo.

»Gústame verte elevar y crecer, joven aun, cuando yo cano y débil desciendo y muero, y ayer no mas nací! Cavaráse en tu pié mi sepultura, y grata sombra á mi lápida humilde darán tus ramas, y aceptarás agradecido los últimos amores del que no tuvo en la vida hijos ni esposa! Vivas mil años y otros mil, encina bella, y concede el cielo verdor eterno á tus hojas, dichosa libertad al pajarillo que forme su nido en tu ramaje, céfiros blandos á tu copa hermosa, fresca lluvia y tierna amiga á tus raíces! Jamás el cierzo ó el ábrego sañudos te marchiten, ni traidor gusano te deseeque royéndote el corazón!»



Así cantó el anciano. Acercándose luego á Damis: «Huerfano, le dijo, conserva el árbol solitario del barranco: él es tu hermano. Ven á mi cabaña, vivirás conmigo, y tuyo será cuanto poseo. Yo os adopto: á tí, para la corta vida que me resta; á él, para después de la vida.»

La voluntad de Cecilio fué cumplida. Sus despojos mortales se depositaron al pié de la encina, que los habitantes de la aldea llamaron desde entonces el *Arbol del buen pastor*. Es fama que desde entonces goza la encina de una constante primavera, y que multitud de flores

de esquisita fragancia, nacidas espontáneamente alrededor de la tumba, embalsaman el aire, sin jamás marchitarse. Dicen los pastores que el alma del buen anciano, al subir á lo alto, ha pasado por aquellas flores, comunicándoles una pequeña parte de su perfume divino; y que en el silencio de la noche se oyen debajo del árbol suavísimas é inefables armonías, que no son mas que los ecos de su voz celestial.

RAFAEL MARIA BARALT.



(Guipuzcoa.—Iglesia de Arriaran y panteon de los condes de Villafranca.)

### EN UN ALBUN.

Claras ondas corrientes  
del manso arroyo  
que os rompeis entre guijas  
al pié del olmo:

De vuestras aguas  
los plácidos murmurios,  
«amor» ¿no claman?

Decid, candidas flores  
galas del prado,  
¿llora amor esas perlas  
en vuestro manto?  
¿Os da perfumes  
la esencia creadora  
que á amar induce?

Verde pompa del valle,  
cuando en tus ramas  
los céfiros suspiran,  
gimen las auras,  
¿No habla de amores  
el eco susurrante  
que les responde?

Avecilla canora  
que audaz te elevas  
y en los aires modulas  
himnos y quejas,  
¿Qué al cielo dices?  
¿Habla de amor el canto  
que le diriges?

Todo, bella Eloisa,  
todo en el mundo  
habla de amor al pecho  
sencillo y puro.

Todo proclama  
que amor es en la tierra  
vida del alma.

Gusta en paz las delicias  
del casto fuego  
á que en pasión ardiente  
rendiste el cuello;  
Mas no el del hombre;  
copia el amor de arroyos,  
Aves y flores.

1851.

MANUEL CAÑETE.



## EL TIGRE Y LA ZORRA (1).

LEYENDA TRADICIONAL.

## INTRODUCCION.

Había en Valladolid  
en los tiempos del segundo  
Don Juan, una estrecha calle  
negra y de torcido rumbo  
formada por dos hileras  
de casas, en cuyos muros,  
nunca el buen sol de Castilla  
pararse un instante pudo.  
A un estremó de esta calle,  
que con perezoso curso  
borda el Esgueva, arrastrando  
por allí su caudal turbio;  
por dos negros callejones  
aislada como anuncio  
de baldón, se levantaba  
una casa de caducos  
cimientos, cuyas paredes  
verdosas, techo negruzco,  
y aun mas el triste silencio  
que reinaba en torno suyo,  
hería al que la miraba  
de un indefinible susto.  
En esta casa vivía  
un Juan Castrillo, verdugo  
de Valladolid, de quien  
se cuenta que fué muy ducho  
en esto de hendir cabezas  
y cortar cuellos desnudos.  
De este hombre la tradición  
refiere un lance, que asunto  
da hoy á mis versos; y el cual  
sucedió, si mal no curo,  
el mismo día en que al noble  
Condestable, aquel robusto  
guerrero y privado insigne,  
llevó á cadalso de luto  
la ingratitud soberana  
del rey Don Juan el Segundo.

Lector, por este comienzo  
visto habrás sin grande apuro  
de ingenio, que no está hecha  
mi narración para el gusto  
de las almas tiernas, que aman  
solamente lo mas puro  
del humano sentimiento,  
que rechazan con disgusto  
la salvaje poesía  
de las pasiones del vulgo.  
Si no eres tú de este temple,  
si lo negro del asunto  
tu curiosidad escita,  
sigue á mi leyenda el bulto;  
Sino, déjala, que en suma  
yo con avisarte cumplo.

## CAPITULO I.

## LOS DOS COMPADRES.

Era Castrillo un jayan  
de fornida catadura;  
barba poblada y oscura,  
resuelto y torvo ademan.

Negros ojos escondidos  
en la sombra de su cejas,  
enmarañadas guedejas  
y los labios contraidos.

Su mirada escrutadora  
el vulgo medroso huía,

porque del tigre tenía  
la vista fascinadora;

Y si una calle al torcer  
con él de improviso daba,  
el tardo paso alentaba  
por no atreverse á correr.

Castrillo no se ofendía  
del terror de aquellas gentes,  
solo á veces entre dientes  
un «cobardes» se le oía;

Pero al ver cuál su ademan  
fiero á la plebe sojuzga,  
en Valladolid se juzga  
mas rey que el mismo Don Juan.

Lo abyecto y ruin de su estado  
no le infunde sentimiento,  
que era por temperamento  
á la sangre aficionado,

Y despreciando á la grey  
que imbecil de él se separa,  
su condicion no trocara  
por la diadema del rey.

Creyendo en su vanidad  
título de los mejores  
el de ser cual sus mayores  
verdugo de la ciudad,

Llegó á hacerse el Juan Castrillo  
en su profesion tan diestro,  
que era en manejar maestro  
ya la penca, ó ya el cuchillo;

Y aun hoy los aficionados  
le llaman por tradicion,  
dechado de perfeccion  
de los verdugos pasados.

Así dando Juan vivía  
á su instinto libre rienda,  
solo en su negra vivienda  
que el turbio Esgueva lamía...

Solo no; y aun considero  
que fuera olvido prolijo  
ocultar que tenía un hijo  
de su fortuna heredero;

Y que á mas de esto, en comuniã  
amistosa, recibía  
por la noche y por el día  
á un su compadre Garduña.

Y aquí, lector, es razon,  
pues que pronuncié su nombre,  
te diga lo que de este hombre  
refiere la tradición;

Dando principio derecho  
á argumento tan ingrato  
por hacerte su retrato  
tal como á mí me le han hecho.

Para obtener su figura  
forja, lector, en tu mente  
un ser flaco, trasparente,  
de muy mediana estatura.

Dale un rostro sin edad,  
raro el cabello aunque fino,  
ojos de azul blanquecino  
sin luz ni movilidad.

Dale afilada nariz,  
y orna esta faz silenciosa  
de una barba bedijosa  
de indefinible matiz:

Larga y estrecha pezuña;  
mano que á la de un difunto  
se acerca, y tal en conjunto  
es la imagen de Garduña.

Mas que á un vivo se asemeja  
á un cadáver animado:  
tal vez se ha identificado  
con los muchos que maneja,

Pues á pesar de su exigua  
figura, advertirte quiero,  
que era el tal, sepulturero  
de la iglesia de la Antigua.

Entre las muchas consejas  
que acerca de este hombricillo

(1) El asunto de esta leyenda es el mismo, aunque con muchas variaciones, del drama en un acto del mismo autor, titulado *Los dos compadres*.



esparce el vulgo sencillo,  
—refieren algunas viejas  
(De estas sibilas impuras  
qué inventan á troche y moche)  
que le han visto en la alta noche  
profanar las sepulturas.

No admito yo á la verdad  
de hechos tales la evidencia;  
pero infunde su presencia  
gran terror en la ciudad:

Júzgase agüero cruel  
su presencia en toda casa,  
pues diz que por donde pasa  
pasa la muerte con él.

Y hasta aumenta del sencillo  
vulgo la credulidad,  
el ver su estrecha amistad  
con el verdugo Castrillo.

Esta en apariencia fiel  
union, su origen halló  
en que Garduña sacó  
de pila á un hijo de aquel:

Y para los dos fué hallazgo  
feliz, pues desde aquel día,  
nada turbó la armonía  
de tan digno compadrazgo.

(Continuará.)

CEFERINO SUAREZ BRAVO.



Porto dibujo.

Fernandez grabo.

### EL DESCANSO DEL PESCADOR.

Va á concluir la tarde de un caluroso día de estío; el purísimo azul del cielo de Italia apenas se halla empañado por alguna nubecilla rosada que anuncia un sol mas ardiente aun para el otro día. El pescador, enervado por la pesadez de la atmósfera que ha experimentado por largas horas, se retira á su albergue, donde le esperan el cariño de una esposa, las inocentes caricias de un hijo y la tranquilidad envidiable de una vida; sino cómoda, dulce y sosegada. El sol se oculta en el horizonte: es la hora mas solemne del día; el pescador busca descanso á las fatigas del trabajo recostando su cabeza abrasada en el regazo de la compañera de su existencia, que con el fruto de aquella union en los brazos espresa en su semblante el bienestar y la felicidad; al lado del hombre á quien ha ligado su suerte.

Tal es el asunto del grabado que acompaña á estos renglones; nuestros lectores podrán apreciar hasta qué punto ha acertado el dibujante á interpretar el pensamiento y la armonía de que ha sabido

rodear el grupo del centro. Pero no es solo la obra del dibujante la que debe fijar la atención: es la del grabador que tan admirable entonación ha conseguido dar á la lámina. Acaso no está lejos el día en que el grabado en madera acabe por hacer olvidar del todo el grabado en acero, al cual aventaja en su aplicacion; por nuestra parte creemos que la viñeta que nos ocupa, dibujada y grabada en Madrid, no se halla muy distante de competir con una lámina en acero. Compárese el camino que nuestros artistas han recorrido desde los grabados de los primeros números del SEMANARIO hasta los que estampamos en el presente, y se notará que si no estamos á la altura que en el extranjero, en este ramo de las bellas artes, tampoco hemos permanecido estacionados desde que el SEMANARIO estableció y desarrolló el grabado en España, hasta el que presenta hoy, acaso la mejor lámina que en nuestro país se ha abierto en madera.